

se entretiene no sé dónde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla.—Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo Don Quijote; que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais; que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.—Así es verdad, dijo Sanson; que, si Dios quiere, no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto mas una.—Gobernadores he visto por ahí, dijo Sancho, que, á mi parecer, no llegan á la suela de mi zapato; y, con todo eso, los llaman *señoría*, y se sirven con plata.—Esos no son gobernadores de insulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales; que, los que gobiernan insulas, por lo menos han de saber gramática.—Con la *grama*, bien me avendria yo, dijo Sancho; pero, con la *tica*, ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero, dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera, que no enfadan las cosas que de mí se cuentan: que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos habian de oír los sordos.—Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson.—Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire cómo habla ó cómo escribe de las presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magín.—Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el bachiller, es, que su autor puso en ella una novela, intitulada *El Curioso Impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene qué ver con la historia de su merced del señor Don Quijote.—¡Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hi de perro berzas con capachos!—Ahora digo, dijo Don Quijote, que no ha sido sábio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que á tienta y sin algun discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacia Orbaneja, el pintor de Úbeda; al cual, preguntándole qué pintaba, respondió: *lo que saliere*: tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que, con letras góticas, escribiese junto á él: *este es gallo*; y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla.—Eso no, respondió Sanson; porque es tan clara, que no hay cosa qué dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada, y tan leida, y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco, cuando dicen: *allí va Rocinante*; y, los que mas se han dado á su letura, son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un DON QUIJOTE: unos le toman si otros le dejan; estos le embisten, y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del mas gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que católico.—Á escribir de otra suerte, dijo Don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras; y los historiadores que de mentiras se valen, habian de ser quemados,

como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto qué escribir en los míos; sin duda se debió de atener al refran: *de paja y de heno*, &c. Pues en verdad que, en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volúmen mayor ó tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efecto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que, para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donaires, es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia, es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera; y, donde está la verdad, está Dios en cuanto á verdad; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.—No hay libro tan malo, dijo el bachiller, que no tenga algo bueno.—No hay duda en eso, replicó Don Quijote; pero muchas veces acontece que, los que tenian méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo.—La causa deso es, dijo Sanson, que, como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan, cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre, ó las mas veces, son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo.—Eso no es de maravillar, dijo Don Quijote; porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonisimos para conocer las faltas ó sobras de los que predicán.—Todo esto es así, señor Don Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran mas misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran; que, si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podria ser que, lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo, que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que le leyeren.—El que de mí trata, dijo Don Quijote, á pocos habrá contentado.—Antes es al revés; que, como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fué el ladron que hurtó el rucio á Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento, sin haber parecido: tambien dicen, que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta, en Sierra Morena, que nunca

mas los nombra; y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra." Sancho respondió: "Yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos; que me ha tomado un desmayo de estómago que, si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo; mi oislo me aguarda; en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos;" y, sin esperar respuesta ni decir otra palabra, se fué á su casa. Don Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite; quedóse; añadióse al ordinario un par de pichones; tratóse en la mesa de caballerías; siguióse el humor Carrasco; acabóse el banquete; durmieron la siesta; volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

#### CAPÍTULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

VOLVIÓ Sancho á casa de Don Quijote, y, volviendo al pasado razonamiento, dijo: "Á lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber quién, ó cómo, ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiéndome, digo, que la noche misma que, huyendo de la Santa Hermandad, nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor, arrimado á su lanza, y yo, sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma; especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que, quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo\* sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese.— Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo; que lo mismo le sucedió á Sacripante cuando, estando en el cerco de Albraca, con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo.— Amaneció, prosiguió Sancho; y, apenas me hube estremecido, cuando, faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caída; miré por el jumento, y no le ví: acudieronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion que, si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venia sobre él, en hábito de gitano, aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que